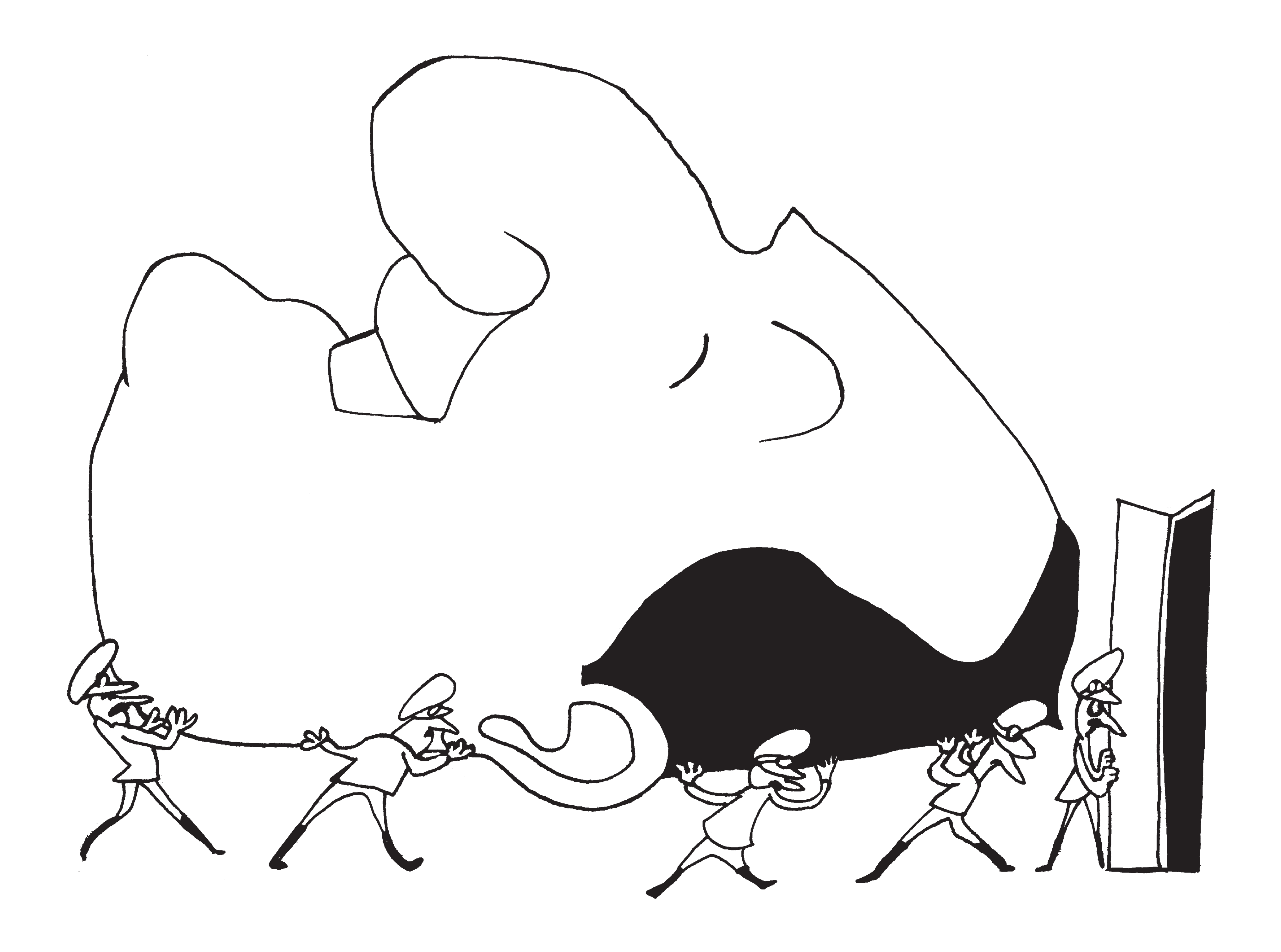
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

30 El horizonte de la desperonización



Suplemento especial de
Página|12

FILOSOFÍA DE LA CATÁSTROFE: ¿POR QUÉ NO SE PUDO EVITAR LA ARGENTINA DE LA MUERTE?

Suponemos que la hipótesis de trabajo que venimos utilizando estará ya casi totalmente establecida: el golpe de 1955 prenuncia el de 1976. Es distinto al de los militares católicos, cursillistas de Onganía. A Illia lo sacan del gobierno porque es un ineficaz negociador con el peronismo. Ineficaz en el modo de la debilidad. Ese hombre que habían colocado para suceder al más que mínimo Guido (que había sido arrojado al sillón de Rivadavia con una urgencia totalmente desprolija) no puede enfrentarse con el peronismo y su ambición de retornar al poder. O, al menos, de participar de la vida democrática del país. Porque si bien es cierto que los veteranos tienen esto claro, muchos jóvenes acaso deban pensar con toda la hondura que merece esta cuestión: *Todo lo que ocurre entre 1955 y 1973 se debe a la negación del establishment argentino (Fuerzas Armadas, Sociedad Rural, empresariado industrial y financiero, Iglesia Católica) de aceptar que el peronismo participe en elecciones libres y democráticas llevando a su frente al líder que ese partido ha elegido y sigue eligiendo: Juan Domingo Perón.* Desde este punto de vista, la situación de *ilegalidad política* que el odio de la Argentina gorila establece es la que crea todas las condiciones que harán surgir una y otra vez la violencia. Cualquiera sabe que si en un país se excluye de la "vida democrática" al partido mayoritario y a su líder, no hay "vida democrática" posible. La torpeza, el odio gorila carga sobre sí las culpas y la responsabilidad del surgimiento y de la exasperación de la violencia. Aramburu es una víctima de sí mismo. Aramburu había sido compañero de Juan José Valle cuando eran jóvenes estudiantes del Colegio Militar. Compartían el mismo banco. Luego, sus familias habrán de ser amigas. De aquí que la esposa de Valle le pida tan esperanzada por la vida de su marido. Aramburu actúa con crueldad porque todo él ansía asumir la figura del vengador. Los vengadores se vengan. Que nadie le pida a un vengador piedad para un culpable. El vengador no la tendrá. O matará él mismo al culpable. Lo matará con su propia mano. O dará la orden y mirará para otro lado, con desdén. La frase "El Presidente duerme" que recibe la esposa de Valle significa: el Presidente no dialoga sobre el destino de los culpables, vinimos a limpiar el país de peronistas, vinimos a vengarnos por todo lo que nos hicieron, hagan fuego.

Seguramente insistiremos en rondar estas temáticas: ¿de dónde surge la violencia? ¿Cuándo una situación histórica se resuelve por la violencia? Si Aramburu decide actuar por "escarmiento" es para que nadie, nunca más, se atreva a levantarse en armas contra él. La decisión del "escarmiento" extrema las decisiones: para escarmentar sólo cabe la muerte. El *escarmiento* de Valle requiere su vida. El *escarmiento* sirve para mostrar a los otros, por medio del *escarmentado,* lo que habrá de ocurrirles si hacen algo semejante. El *escarmentado* sirve de ejemplo. El castigo que se le aplique debe ser ejemplar. *Todos* serán así castigados si osan enfrentar al poder constituido. Al *escarmentar* a Valle, fusilándolo, Aramburu se incluye en el espacio de la venganza. La *venganza* no es el escarmiento. La venganza no se dirige a todos. No es un mensaje para todos. El fusilamiento de Valle era instalar el miedo en la sociedad: que a nadie se le ocurriera no sólo atentar contra el poder, sino contra nada. Que todos se quedaran donde debían estar. Que a nadie se le ocurriera ser peronista ni tratar con peronistas ni ser sospechoso de serlo. La venganza (aunque puede aplicarse a grandes grupos, como veremos) se focaliza más. Aramburu es *responsable* de la muerte de Valle. Ha cometido un acto que no necesariamente reclama venganza, pero puede suceder que sí, que la reclame. Sobre todo si no se destraba el esquema político que llevó a Valle a la muerte: la dictadura, la ilegalidad del peronismo, su obstinada prohibición. Que Aramburu encuentre la muerte en Timote a manos de unos jóvenes que dicen matarlo por la muerte de Valle no expresa un hecho necesario de la historia, un decurso dialéctico inexorable. Todo pudo ocurrir de otro modo. Pero una vez establecido el *acontecimiento* de Timote el único modo de explicarlo es buscar, a partir de él, su propia teleología. Nada llevaba necesariamente a Timote, pero una vez establecido *Timote* podemos establecer con precisión todo lo que condujo hacia ahí. Y habremos de sostener que la persistencia histórica que produce "Timote" es el odio gorila. Es la decisión gorila de no integrar al peronismo a la democracia argentina. Algo que los gorilas no podían hacer sin dejar de ser gorilas. Este punto es sustancial. Los militares gorilas (y el establishment: la renta agraria que había sido afectada por el peronismo, al que no habrían de perdonar jamás la injuria del IAPI) no puede aceptar la legalización del peronismo salvo negando su identidad. Un gorila es un gorila (al menos durante los 18 años que van de 1955 a 1973) porque no puede aceptar que el peronismo forme parte de la vida político-democrática del país. No es sólo una actitud política. Es un hondo odio cultural, racial, político y económico. El peronismo es la barbarie. Es: 1) La negrada en lo racial; 2) Las zapatillas y no los libros en lo cultural; 3) El autoritarismo en lo político; 4) Es, en lo económico, la concentración de la economía en el Estado, la distribución del ingreso, el intervencionismo, el traslado de la renta agraria al sector industrial y el aumento de los jornales de los trabajadores. Es, también, la demagogia y el personalismo agraviante del líder del movimiento. Todo esto –para el gorilismo– conduce a una imposibilidad: integrar al peronismo y a Perón. Onganía echa a Illia por ineficaz. O acaso porque Illia permitirá (se hace sospechoso de eso) acceder al peronismo a elecciones libres. Aunque difícil que aceptara la candidatura de Perón. No creo que Illia pensara algo de eso. Como fuere, al diablo con él. Había hecho un buen trabajo (para el gorilismo más tenaz) frenando a Perón en el aeropuerto de El Galeao, acto de la cancillería de Illia que –para mí– es de un peso, de una densidad histórica, escasamente valorado. Onganía asume para integrar al peronismo *sin* Perón. Y Lanusse, por fin, lo trae. A esa altura era tarde. A esa altura, traerlo a Perón era matarlo. Matarlo era entregar el país al caos. (Con gran ayuda del propio Perón y del siniestro entorno que trajo.) El caos fue la antesala del Infierno. Todo, en suma, se hizo mal. De acuerdo. Pero el origen de esos males fue el odio gorila. *Ellos pudieron evitar la masacre.* Si Perón volvía antes, más joven, sin Aramburu muerto, sin un gran desarrollo de la guerrilla, acaso el país se podría haber estabilizado democráticamente y la tragedia (porque de esto se trata: de haber evitado la tragedia, de haberle ahorrado al país 30.000 muertos) tal vez se eludiera, o no tuviera tantas excusas para ejercer un poder tan extremo, porque existían partidos, Parlamento, Justicia. Si pudieron barrer con todo, fue porque todos se habían enfrentado entre todos, se habían debilitado y nadie pudo frenar al monstruo.

El inicio es el odio gorila. El día del incendio del Jockey Club (del que nadie se olvida), a la tarde, en una pacífica concentración peronista, unos "comandos civiles", esos niños conchetos de las familias agraviadas por la "incultura y la barbarie", esos niños herederos de los de "La Patriótica" de Manuel Carlés, pusieron una bomba en el subterráneo. ¿Nadie se acuerda? ¿Tan efectivo resultó lo del Jockey Club como bomba de humo? Sí, metieron una bomba en el subterráneo. Un acto terrorista. De los de *hoy*. Terrorismo es *violencia indiscriminada*. La guerrilla no es terrorismo: siempre ataca puntos determinados, objetivos que ha elegido. No busca matar inocentes, aun cuando pueda ocurrir alguna torpeza que lo provoque. Pero la guerrilla (y ojo: *esto no es una justificación*) ataca blancos elegidos: un militar, un empresario, un policía, una empresa multinacional. El terrorismo mata indiscriminadamente. Le importa la cantidad. Cuanto más mata, más efectivo es el ataque. El día que se recuerda como el del incendio al Jockey, los niños bien de los comandos civiles metieron por ahí nomás una bomba en el subterráneo: *mataron a siete personas e hirieron a una*. Siete muertos. Despues, es cierto, los peronistas quemaron la biblioteca del Jockey Club. ¡Ah, señores, qué dilema! ¿Qué vale más? ¿Cuánto valen siete vidas humanas? ¿Cuánto vale una biblioteca? Aquí, ganó la biblioteca. Porque esa jornada quedó en la memoria del país como el día en que la barbarie quemó la biblioteca del Jockey Club. ¿Que murieron siete en un subterráneo? Y bueno, serían negros peronistas.



Podríamos pensar esa historia que va del '55 al '76 por medio de una pregunta: *¿Qué fue lo que se hizo, qué fue lo que no se hizo para evitar el golpe de 1976?* O también: ¿por qué la historia argentina termina por conducir a un imperio de la muerte que establece en el país más de trescientos campos de concentración? ¿Cómo fue posible ese horror? Es perfectamente correcto plantear la cuestión de este modo. Y no es la primera vez que se propone. No sé si se ha propuesto en nuestro país, pero, teóricamente, el antecedente que tenemos es el modo en que la filosofía piensa Auschwitz o el nazismo. Por ejemplo: un libro como *Dialéctica del Iluminismo* de Theodor Adorno y Max Horkheimer encuentra un devenir incontenible entre las luces de la Razón que encarna la filosofía del Iluminismo y la racionalidad instrumental (el concepto eje que establecen Adorno y Horkheimer) que encuentra en los campos de la muerte su aplicación impecable. Walter Benjamin, en las *Tesis de filosofía de la historia*, describe al Angelus Novus, al Angel de la Historia, mirando hacia



atrás y horrorizándose: no ve en ese páramo de horrores el desarrollo de la racionalidad, de la cultura, sino un paisaje de ruinas, una catástrofe, *la historia como catástrofe.* Si uno se detiene lo necesario en un libro tan notable como *La historia desgarrada, ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, de Enzo Traverso, verá que el autor ya encuentra en Kafka la prefiguración del horror. Kafka no es responsable del horror, desde luego, pero ya en él late algo, algo que nos dice que cualquier ciudadano puede ser condenado sin que conozca de qué se lo acusa, típica situación que se vive en el Estado Terrorista. En cuanto a la configuración del horror en la cultura alemana, el trabajo se ha hecho cuidadosamente. Desde el Hegel que dice que lo Absoluto pasó entre los judíos y éstos lo desconocieron, o los *Discursos a la nación alemana* de Fichte, o el primer Tratado de la *Genealogía de la moral* de Nietzsche con su descripción de la bestia rubia germánica, hasta Bismarck y su ímpetu prusiano, el fracaso de los espartaquistas, el Tratado de Versalles, la República de Weimar, los extravíos de la socialdemocracia, la inflación, la desorientación de los comunistas, todo parece llevar a la entronización de la catástrofe en 1933. No queda casi nadie que no cargue con su culpa. Y, de hecho, Karl Jaspers ha hecho un estudio sobre la *culpa alemana* que comentaremos más adelante. Sólo quiero, por ahora, decir: algo tiene que haber fracasado *muy profundamente* en un país para que se lleguen a implantar en él trescientos campos de concentración. Todos sabemos quiénes levantaron esos campos. Pero depositar *todo* el horror ahí sería muy fácil. *Algo hicimos mal todos para que eso ocurriera*. Objeción inmediata, casi mecánica: ¿no implica esto reemplazar la teoría de los dos demonios por la de los muchos demonios o por la del enano fascista que todos llevamos dentro? Rechazo esto. Es simplista y, sobre todo, lleva a la cómoda situación de librarse de la búsqueda de la propia responsabilidad en una catástrofe. No se trata de *equilibrar* la culpa. Entre el general que instrumentando el poder del Estado arma un campo de concentración y el guerrillero que es torturado en él *no hay equivalencia alguna*. Dicho esto, quiero decir otra cosa: la *Teoría de los dos demonios* suele terminar por transformarse en una traba, en una amenaza y hasta en un chantaje cuando se piensan estos temas. Nadie tiene camisa de protección en esta historia. Perón, basándose en sus ideas de la comunidad organizada, solía decir: "Nadie se realiza en una comunidad que no se realiza". Es correcto. También lo es que en una comunidad que no se realiza, todos han hecho algo para que eso ocurriera. No han hecho lo mismo, sin duda. Pero el análisis debe partir de esa certeza: ¿por qué, entre el desarrollo histórico que va de 1955 a 1976, no se pudo evitar el país concentracionario, el país de la Muerte?

EL ESQUEMA TRIUNFALISTA DE LA REVOLUCIÓN DE VALLE

El asesinato de Juan José Valle es –sin lugar a ningún tipo de duda– uno de los actos más importantes en ese devenir de nuestra historia hacia la instauración de la Muerte, del *lager* argentino. (*Lager* es "campo" en alemán. Primo Levi, en sus textos, utiliza esta palabra, que, dentro de la bibliografía sobre el Holocausto, se utiliza para mencionar a los campos de concentración de la Alemania nazi.) El asesinato de civiles y los fusilamientos de los militares del levantamiento contra el gobierno

ilegal de Aramburu-Rojas figuran entre los hechos más crueles de nuestra historia.

Vamos a seguir la clásica narración de los hechos que surge de la pluma comprometida, obsesiva, de Rodolfo Walsh. Rodolfo encuentra aquí su gran libro y su auténtico destino literario. El libro es una obra maestra. Es cierto que se adelanta al de Capote en el estilo de mezclar ficción y no ficción. O ficción y periodismo. Pero Rodolfo incluye un análisis, un compromiso político que no está en Capote. El de Rodolfo es el texto que habría escrito Sartre de meterse en esta historia. Pero Sartre no era un irlandés obstinado, un ajedrecista talentoso, un matemático. Escribo esto y pienso en Lilia, su compañera. Siempre pienso en ella cuando escribo sobre Rodolfo porque ella lo acompañó hasta el final. Y, una vez muerto él (que, por suerte, no llegó vivo a la ESMA), ella, con un coraje inaudito, anduvo por Buenos Aires repartiendo la *Carta a la Junta*. Una vez entra en un bar, va hacia la barra y ya se prepara a dejar unos ejemplares de la *Carta* cuando entra una patrulla de milicos dispuesta a investigar a todos. Lilia pone la *Carta* en la cartera amplia que lleva, da media vuelta y se dirige a la puerta. Se abre paso tranquila, serenamente entre los milicos y sale a la calle y se va. "Yo era invisible", me dirá. "Estaba segura de serlo y creer eso me hacía lo que yo quería y necesitaba ser: invisible."

Walsh era un irlandés que escribía novelas policiales de enigma. Escribía en *Leoplán*, en *Vea y lea*. Escribía cuentos breves, ingeniosos. *Tres portugueses bajo un paraguas (sin contar al muerto)*, por ejemplo. Llueve. Hay cuatro portugueses, cada uno con su sombrero, bajo un paraguas. Muere uno de los portugueses. Quedan tres. Dos tienen seco el sombrero. El otro lo tiene mojado en la parte de atrás. Quién mató al primero. El que tiene mojada la parte de atrás, porque tuvo que darse vuelta para asesinar a su víctima. No sé si a ustedes les parece una obra maestra esto, pero yo lo leí de niño en *Leoplán* y me gustó mucho. Era como un bombón. Un juego. Una exquisitez. Pudo haber sido el John Dickson Carr argentino. También publica, en la mítica *Serie Naranja*, sus *Variaciones en rojo*. Son cuentos británicos. Con el muerto, el enigma, los sospechosos y el detective que resuelve el caso con su ingenio imbatible. Este hombre estaba un día jugando al ajedrez: "La primera noticia sobre los fusilamientos clandestinos de junio de 1956 me llegó de forma casual, a fines de ese año, en un café de La Plata donde se jugaba al ajedrez" (Rodolfo Walsh, *Operación Masacre*, Ediciones De la Flor, 2007, p. 17). En ese mismo lugar, seis meses antes, le había llegado algo del estruendo de la asonada de Valle. Se va a su casa. En la madrugada, escucha a un locutor que anuncia que dieciocho civiles han sido ejecutados en Lanús, que hay una ola de sangre en el país, que se ha fusilado a Valle. "Tengo demasiado para una sola noche. Valle no me interesa. Perón no me interesa, la revolución no me interesa. ¿Puedo volver al ajedrez?" (*Ibid.*, p. 18). Estos son los destinos fascinantes. Los de los tipos que se encuentran con una coyuntura que los da vuelta, que los cambia para siempre: no, ya no volverá al ajedrez. Además, y no olvidemos que Rodolfo era un cartógrafo de primera línea, le llega una noticia que no puede resistir: hay un fusilado que vive. "No sé qué es lo que consigue atraerme en esa historia difusa, lejana, erizada de improbabilidades. No sé por qué pido hablar con ese hombre, por qué estoy hablando con Juan Carlos Livraga" (*Ibid.*, p. 19). Pero esto no es lineal. No sólo Walsh va a conducir nuestro relato. En 1964, un peronista de la rama nacionalista, un hombre de una sencillez conmovedora, de quien recién en estos días don Arturo Peña Lillo está editando sus libros, se ocupará también de la revolución de Valle. Es Salvador Ferla, que morirá humilde, sobrio, viviendo de un kiosco en un barrio del Gran Buenos Aires. Ferla es autor de esa joyita que es *Historia argentina, con drama y humor*. Un buen tipo, no son todos malos en esta historia triste. "Al decir 'pueblo' (dice Ferla) nos referimos en especial a la clase trabajadora, pues si bien 'todos' somos pueblo, no se puede negar que la clase obrera lo es de un modo particular. También utilizamos el término como equivalente de 'mayoría'" (*Ibid.*, p. 18). Ferla no quiere eludir el bombardeo del 16 de junio. Parece que eso no se despacha con tanta facilidad como hacen algunos, esos que dicen que la CGT convocó "irresponsablemente" a los obreros a la Plaza. ¿Y qué hay? ¿Por eso había que acribillarlos? Además ahí murieron hombres y mujeres de todas las condiciones: ricos, pobres, peronistas, antiperonistas, viejos, niños, etc. "Este episodio criminal (dice Ferla), este acto terrorista comparable al cañoneo de Alejandría y ciudades persas efectuados por la flota inglesa también con propósitos de escarmiento, no tiene antecedentes en la historia de los golpes de Estado. Porque hasta en la lucha entre naciones está proscripto el ataque a ciudades indefensas y porque la guerra aérea, con el bombardeo a poblaciones civiles, ha sido una tremenda calamidad traída como novedad por la última guerra mundial, que ha merecido el repudio unánime universal" (*Ibid.*, p. 27). *Claro que sí: el bombardeo del 16 de junio fue nuestro Guernica*. Luego Ferla se concentra en Perón. Atención, este hombre sereno, que sabe mucho, es digno de ser escuchado: "Desde hace tres años –tiempo que coincide sugestivamente con la muerte de su esposa– (...) no sabe si profundizar la revolución –ni cómo hacerlo– o ponerle fin (...). Hay momentos en que piensa armar a los obreros y otros en que desea abandonar la política. Planteadas las cosas en términos de violencia, que no le permiten su propio juego de masas, Perón se siente desconcertado, confuso, abatido" (*Ibid.*, p. 27). El antiperonismo toma el poder más por obra del desarme espiritual del peronismo que de una victoria militar propiamente dicha... (*Ibid.*, p. 35) *Esto justifica fuertemente la intentona de Valle*. Si en 1955 hubo "desarme espiritual", ellos, en 1956, están dispuestos a todo y las masas los seguirán: será otro 17 de octubre. Sobre la derrota de Perón (cuya causa Valle conocía y se proponía subsanar), Ferla es contundente: "Perón no fue vencido militarmente (...), las fuerzas leales dominaban por completo la situación (...). La psiquis de Perón no la resistió. La gran confusión lo había envuelto también a él. El peronismo cayó vencido espiritualmente. Su adversario esgrimía un arma de la que carecía en ese momento: había logrado crear una mística. A esa mística, el peronismo sólo ofrecía la mística del líder, *algo sumamente frágil como para embarcarse en una guerra*" (*Ibid.*, p. 35). Franklin Lucero, el jefe del Ejército, empuja a Perón hasta último momento. Nada consigue. Sólo los castigos que le caerán encima después y que relatará en su libro *El precio de la lealtad*. ¿Sabía Perón que al irse dejaba aquí a sus leales, quienes deberían, tal como lo dice Lucero, pagar por el precio de esa lealtad? Sí, lo sabía. Pero estaba vencido interiormente. Valle comprende esa situación. Comprende el cansancio del líder. Pero sabe que en septiembre ellos eran más. ¿Por qué no habrán de serlo ahora? Sólo les falta Perón. Pondrán ellos la cuota de fe y de fervor y de ganas de luchar que al líder le faltó y luego lo traerán, porque no desconocen su liderazgo. Saben que las masas lo quieren a Perón. En ningún momento Valle quiere reemplazarlo. Sólo quiere ser el soldado leal que lo traiga de nuevo a la patria.

La gesta de la rebeldía se hace en cautiverio. Todos los jefes leales a Perón están presos en el barco *Washington*. Luego los trasladan al *París*. (¡Ya veremos quiénes van a recalar también en el *París*!) Luego, a otros confinamientos más tolerables. Valle va a una quinta en General Rodríguez, que es de su suegra. Aquí crea un *Movimiento de recuperación nacional*. "Va en busca de la solidaridad de sus camaradas, los 'leales' de septiembre, quienes experimentan sus mismos sentimientos y tienen sus mismas opiniones" (*Ibid.*, p. 44).

La cuestión para la gente de Valle es sencilla, pero tal vez no lo sea tanto. La evaluación que hacen es la siguiente: a) Las masas siguen siendo peronistas. Siempre han tenido una vocación movilizadora. Lo demostraron el 17 de octubre. Ahora se trata otra vez traer a Perón. Irán hacia la Plaza de Mayo; b) Si en septiembre eran superiores militarmente también lo son ahora; c) Y ahora tienen lo que les faltó en septiembre: *la mística del triunfo*. Todo parece "cerrar" muy bien. Aquí estamos, por ahora. Lo que ignora Valle es que la mística de los golpistas del '55 sigue siendo más fuerte que antes. Y que están decididos a todo. Como, trágicamente, se verá. Tal vez Valle pensara en un paseo masivo como una demostración de fuerza y punto. Entre tanto, Aramburu y Rojas redactaban decretos de pena de muerte.

EL MACARTISMO DE LA LIBERTADORA

Al hablar del confinamiento de los militares peronistas leales en los barcos *Washington* y *París* me reservé la carta de esta otra obsesión de la dictadura: *los comunistas*. Quienes pensaban pasarla bien con Rojas y Aramburu ya que habían hecho correctamente sus deberes democráticos. No: se lanzó una razzia contra ellos que fue patética y brutal. "Los comunistas sufrieron la persecución de la Revolución Libertadora luego del alivio inicial que les produjo el derrocamiento de Perón. La desconfianza se acrecentó con la profundización de la línea política impuesta por Aramburu-Rojas, con la prédica anticomunista coherente con los tiempos de la Guerra Fría y el alineamiento argentino a los dictados provenientes de Washington" (Germán Ferrari-Santiago Senén González, "El Ave Fénix", "El sindicalismo entre la 'Libertadora' y las '62 organizaciones' (1955-1958)", a editarse en Editorial Corregidor). La Libertadora era abiertamente macartista, como sus adherentes culturales de *Sur*. *Al fin de cuentas, terminaban identificando al peronismo con el comunismo.*

"El momento de mayor tensión entre el PC y el gobierno (siguen Ferrari y Senén González) se produjo a comienzos de abril de 1957, con la ilegalización del comunismo y una serie de razzias contra sus militantes que llevaron a la cárcel a varios centenares de adherentes de todo el país, entre ellos, el poeta chileno Pablo Neruda, que por esos días había arribado a Buenos Aires. Esas acciones, que se denominaron 'Operación Cardenal', culminaron con un hecho grotesco: decenas de comunistas y 'camaradas de ruta' fueron encerrados en el vapor *París*, varios kilómetros adentro del Río de la Plata, bajo la amenaza de la Marina de hundir el buque, que se encontraba para el desguace. Algunas de las personalidades encerradas fueron los políticos Héctor P. Agosti, Rodolfo y Orestes Ghioldi, el abogado Rodolfo Aráoz Alfaro, el músico Osvaldo Pugliese y el escritor Leónidas Barletta, director del semanario *Propósitos*". (*Ibid.*, inédito aún). No es posible dudar: los presos comunistas de la Libertadora eran hombres de prestigio y meterlos presos era una burrada fenomenal. Juan L. Ortiz y José Portogalo. El gran escenógrafo, maestro de los más grandes escenógrafos del teatro argentino, el mítico Saulo Benavente y... ¡Pablo Neruda! Eso es tener nivel para meter en cana. En cuanto a los políticos del PC, apena que tan poco le hayan servido a Rodolfo Ghioldi sus defensas de la oligarquía, del diario *La Prensa* y *La Nación*. Basta: los tiempos habían cambiado. Eran los de la Guerra Fría y los comunistas... a la sentina.

Volvemos a Walsh. Se ha encontrado con "ese fusilado que vive". Con Juan Carlos Livraga. "Livraga me cuenta su historia increíble; la creo en el acto. Así nace aquella investigación, este libro. La larga noche del 9 de junio vuelve sobre mí" (*Ibid.*, p. 19). Su vida cambiará, abandonará su casa, su trabajo, cambiará de nombre, tendrá una cédula falsa, cargará con un revólver "y a cada momento las figuras del drama volverán obsesivamente: Livraga bañado en sangre caminando por aquel interminable callejón por donde salió de la muerte, y el otro que se salvó con él disparando por el campo entre las balas, y los que se salvaron sin que él supiera *y los que no se salvaron"* (Walsh, *Ibid.*, 19. Cursivas mías). Continuará.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Operación Masacre